

entrevista

Por Isabel Merino
(imerino@usfq.edu.ec)

No hay receta, es cuestión de contagiar



Carlos Montúfar

En esta edición queremos presentarles a un referente claro de transformación educativa: Carlos Montúfar Barba, cofundador de la Universidad San Francisco de Quito, la primera y única universidad en Ecuador basada en la filosofía de las artes liberales.

Físico de profesión, apasionado por la educación y la ciencia, Carlos es al tiempo fanático de la tecnología y de las grandes preguntas sin respuesta: quién soy yo, de dónde vengo, a dónde voy. ¿Qué le hace a un ser, a una persona, vivir una vida de asombro y transformación?

Le fascina estar en el aula. Y lo que más disfruta es dar clase. Apasionado por la juventud y el futuro, confiesa no estar en redes sociales.

Carlos, ¿durante cuántos años te has dedicado a la educación?

A la educación me he dedicado desde que tenía seis años, porque

Lo que hay que hacer entonces es tomarse la foto con el diploma y guardarla en un cajón, porque el verdadero valor de la educación lo llevas tú.

fui sujeto de educación y lo sigo siendo. Para mí, la educación es poder despertar inquietudes para que el individuo siga haciéndose más preguntas; y esto no es fácil. No creo que tenga la fórmula mágica para hacerlo, pero sí sé lo que es compartir mi conocimiento, el cual obviamente es limitado, como el de todos. Sin embargo, compartir el entusiasmo de seguir aprendiendo es lo que para mí, en esencia, es la educación. No es fácil.

Una manera fácil de decir educación es ir a clase a aprender memorísticamente y devolver en un examen. Esto no es educación, es instrucción. La educación va mucho más allá de la instrucción; la instrucción es una parte importante, pero cuando la instrucción domina se pierde el concepto de educación.

Como líder de un proyecto educativo emblemático en el país ¿has visto cambios en la educación en estos últimos años?

Desde el punto de vista de la Universidad San Francisco, sí hemos sido una chispa que ha estimulado de alguna forma el sistema educativo nacional universitario. Creo que hemos despertado la necesidad de una educación de calidad, la cual viene apagada en América Latina desde hace siglos. Despertar es difícil, y si comparamos América Latina con el resto del mundo,

todavía estamos en la edad de la vela. Sin embargo, se han dado muchos cambios, numerosas estrellas dentro de esta oscuridad, y creo que vamos en buen camino. Una sana competencia, una sana emulación de lo que otros hacen o hacemos es positivo.

Si dejamos que la educación se quede en manos del Estado de manera general, no tendremos incentivos para mejorarla. Así, resulta fundamental que haya este intento del sector privado de hacer una educación diferente, para ecuatorianos y para latinoamericanos. Una educación que nos cambie la visión de futuro y que nos incorpore al resto del mundo.

¿Qué factores consideras que nos han impedido, como país, evolucionar en la educación?

Yo creo que el problema no es únicamente de este país, es un problema de América Latina. Y el problema es que venimos de una cultura del siglo XVI, cuando se formaron las primeras universidades en Quito, alrededor de los años 1500.

En esa época, la universidad era un centro para educar al clero y estaba dominada por el Senescyt de la época, la Corona española, la cual dictaminaba absolutamente todo lo que debía hacerse en educación.

De esas 30 universidades de América Latina que se formaron antes de 1600, ninguna es una estrella a nivel mundial (aunque hay excepciones, áreas del saber que abundan más que otras).

En Norteamérica, por el contrario, se fundaron treinta universidades en el siglo XVII. Todas ellas están

La educación es poder despertar inquietudes para que el individuo siga haciéndose más preguntas; y esto no es fácil.

entre las primeras del mundo. Entonces, qué es lo que pasa. Yo creo que estamos todavía llevando lastre de esa herencia, con un concepto político no muy bien entendido de la educación, tras la fatídica, para mí, reforma de Córdoba, en 1918, la cual continúa con pensamientos educativos que no son lo que yo creo encierra la educación del futuro.

Para mí educación es lo que dice Einstein, que la imaginación es más importante que el conocimiento. Y el sistema educativo de América Latina lo que hace, no solo a nivel universitario sino de colegios, es apagar la capacidad de asombro.

Una vez que apagas la capacidad de asombro pierdes la capacidad de imaginación y, por ende, dejas de ser una persona creativa, un ser positivo. Te conviertes en un simple seguidor de ciertas reglas.

Entonces, la nueva educación es una educación que activa el despertar, en especial en este país, que es el laboratorio más importante del mundo cultural, biológico, geológico... No hay otro país como Ecuador que brinde oportunidades tan reales de salir y observar.

Uno de los problemas de la educación nos lo muestra el concepto de las artes liberales. El *quadri-vium*, por ejemplo, que fomenta la capacidad de ver, analizar, medir y contar, y el *trivium*, que habla de saber comunicarse, escribir y leer, son destrezas básicas que

necesita un individuo para tener éxito y ser positivo.

A mí me gusta decir que las artes liberales es comunicarse y tener la capacidad de observar. No creo que hayamos tenido un sistema educativo que fomente, a nivel de primaria, estas destrezas. Por el contrario, estas se han introducido de manera memorística, por eso debemos ir mucho más allá.

Cuando nosotros observamos y nos comunicamos, somos nuestros cinco sentidos. No tenemos más. Los cinco sentidos no son muy buenos, por lo que la información entra a nuestra mente a través de la emoción y de la razón.

Muchas veces nos preguntamos, ¿debemos educar la emoción, es decir, adoctrinarla? ¿O debemos dejar que haya libertad emocional? ¿Educamos la razón a través de ciertas cosas que sí sabemos? ¿Cómo hacer? Es complicado.

Hay alguien que decía, “educación es todo lo que queda después de que uno olvida todo lo que ha aprendido”. Por tanto, si nos dedicamos a una educación que solo es aprender, entonces no vamos a tener esa capacidad de flexibilidad y estar preparados.

¿Qué mensaje le darías a todos los docentes que actualmente están en el aula?

Hay un problema, a la hora de educar: que hacemos el famoso *syllabus* o programa de estudios que nos dice “esto es lo que hay que hacer”. En lo personal, creo que el *syllabus* es el enemigo de la educación, pero también una herramienta o soporte para el docente. Deshacerse del *syllabus* es complejo. En una materia, en una

clase o en la universidad, el estudiante tiene un cúmulo de cosas por aprender y ciertas destrezas por adquirir, pero lo fundamental es preguntarse: más allá de las destrezas, ¿qué es lo esencial?

Por ejemplo, si uno se rige solo por el *syllabus* y el PowerPoint, la clase será un fracaso. En cambio, si el docente “agarra” el momento para proyectar una idea relacionada con lo que está enseñando, habrá transformado su clase.

Es cierto que algunas materias son mucho más instructivas que otras, pero esto no detiene el hecho de que podemos fomentar las maravillas que hay más allá de la teoría. Y si bien no es fácil, al final se logra a través de experiencia.

Por otro lado, hay profesores que nacen con el don especial de entusiasmar al estudiante, de tal manera que el contenido se transmite con mayor facilidad; pero también hay otros que quizás, por su personalidad, se concentran más en el contenido y en tomar exámenes para constatar si han aprendido.

Ambas son distintas maneras de enseñar y una mezcla de todo es bueno.

Es el cúmulo de todo lo que sucede de lo que hace que, de una institución educativa, salga un estudiante con un intangible, ya no solo con un diploma.

Es ese cúmulo de cosas que producen una propiedad emergente, que hace que uno más uno sea más que dos, y que ese número mayor es lo que queda.

Esto es, en esencia, valorar la libertad individual. Lo que hay que

hacer entonces es tomarse la foto con el diploma y guardarla en un cajón, porque el verdadero valor de la educación lo llevas tú.

En este sentido también, el profesor tiene que desviarse un poco, sin exagerar; es decir, utilizar una especie de flexibilidad para compartir el conocimiento.

Por supuesto que hay ciertas cosas que no son negociables para poder ser exitosos: los alumnos deben saber leer bien, escribir bien, contar, sumar, ver, experimentar, hacer hipótesis, disfrutar de la música, salir al campo y distinguir patrones de la naturaleza.

Son herramientas mínimas que han sido la esencia de toda la humanidad.

El proceso de educación y experimentación (me caigo, me quemó) tiene que ser parte de toda la vida. Yo no puedo enseñarte en un pizarrón qué es que te quemes un dedo. Es decir, hay ciertas cosas que son experienciales. Y todo eso es educación. ¡Qué difícil que es! Pero es fascinante.

¿Es la educación el arma más poderosa para cambiar el mundo?

Obviamente que sí, entre otras. Hay muchas cosas que son importantes. Primero, ¿qué quiere decir cambiar el mundo? ¿Cómo defines que el mundo está malo para cambiarlo en bueno, o bueno para cambiarlo en malo? La educación puede ser un instrumento para hacer lo malo también.

Si el docente “agarra” el momento para proyectar una idea relacionada con lo que está enseñando, habrá transformado su clase.

Había un científico que se llamaba Richard Payman, así como muchos otros que decían, “la belleza de la educación y de tener conocimientos es que te da una llave, y esa llave te abre la puerta del cielo o la puerta del infierno. ¿Cómo la utilizas?” Entonces, no es simplemente afirmar, “la educación va a cambiar el mundo”.

Es un conjunto de cosas; una de ellas, la ignorancia, o sea, el dejar de ser borrego y empezar a ser individuo.

Un individuo tiene que ser disruptivo, tiene que ser innovador. Hoy en día, por ejemplo, se tiene miedo de la inteligencia artificial.

No hay que tenerle miedo; más bien, hay que aprovechar toda la maravilla de la tecnología y de la creatividad que ha dado el despertar y la adquisición de conocimiento a través de los de los siglos.

Esta capacidad de cuestionar, de filosofar, es una mezcla de emoción y razón. No podemos quitar la emoción del proceso educativo. Así es que no hay receta, es cuestión de contagiar.

Uno no puede ser frío cuando está en el aula, en un colegio, con un maestro o estudiantes. Una cosa es lo que aprenden de los textos, otra cosa es lo que aprenden de lo que eres; eso se transmite, quieras o no.

Por tu manera de actuar, por tu sonrisa, por tus comentarios, a los chicos les queda algo más que el contenido de la materia, y eso es lo importante.

La bondad, la belleza y la verdad tienen que estar en el aula, con el fin de crear la libertad.